

LIBROS Y LIBREROS EN CARACAS*

Por R. J. LOVERA DE-SOLA

Son varias las convocatorias de Leonardo Milla a las que acudimos esta noche. El nos ha invitado a abrir nosotros por vez primera las puertas de su nueva librería. La ha denominado Ludens. No pudo escoger mejor denominación para este nuevo sitio de encuentro intelectual que hoy surge. Y afirmamos esto porque juego, con reglas muy precisas, es asomarse a las páginas de un libro cualquiera. Es por ello que alguien lo denominó al azar inmóvil, porque sin movernos de nuestra butaca, sin pararnos de nuestra mesa de trabajo, sin levantarnos de nuestra cama, podemos asomarnos a todo aquello que nos dicen, nos sugieren, nos señalan, nos enseñan, tomos, obras y volúmenes.

Pero al mirar en sus anaqueles todo lo que la gente de Ludens ha reunido aquí no hemos podido dejar de pensar en este oficio tan peculiar como lo es el de librero. Ante tal ocupación vamos a detenernos unos instantes ahora.

Según el diccionario académico, librero es aquel que tiene por oficio vender libros. Tal ocupación es tan antigua como la cultura occidental. En Grecia eso hacía el *bibliopola*. En Roma el *librarius*. En esa época ambas palabras designaban tanto al vendedor como al copista que hacía las transcripciones de los manuscritos que estaban en venta. Aunque lo que hacían los *bibliopolas* en el mundo helénico sólo conocemos lo que nos informan Jenofonte y Diógenes Laercio.

Entre tales noticias hay una fundamental: desde quinientos años antes del nacimiento de Jesús los lugares en donde se vendía lo escrito a mano, que fueron los únicos libros hasta la aparición de la imprenta, eran también sitios de reunión de los intelectuales. Lo cual nos indica cómo la librería, como sitio de encuentro y de diálogo, es tan antigua como nuestra civilización.

En la Roma antigua las librerías estaban situadas en la calle Argilato. Allí estaban establecidos Atrectus y Trifón, los editores de Marcial. En el Foro estaba la tienda de los hermanos Socia, amigos de Horacio. En aquella ciudad imperial, que dictó al mundo normas de convivencia a través del Derecho, el más famoso de sus libreros fue Tito Pomponio Atico. Este, además de vender, era bibliófilo. Fue también escritor. Suya es una cronología de Roma. Entre sus amigos más que-

* Palabras pronunciadas en Caracas la noche del 18 de setiembre de 1985 en la inauguración de la "Librería Ludens".

ridos se encontraba Cicerón. Tito Pomponio Atico es considerado “el primer editor de la antigüedad”.¹

Durante la Edad Media fue la península itálica —que estaba dividida en varios reinos— el principal mercado del libro. En ella los monjes hacían las copias de los manuscritos solicitados por los interesados. Más tarde, con la fundación de las Universidades, cuyo desarrollo se inició en el siglo IX con los “Estudios” de Salerno, cobrando mayor desarrollo en el siglo X a partir del establecimiento de la Universidad de Bolonia, puesta en marcha en el año 1088.² En ellas se situó la producción constante de manuscritos que llegaban hasta la élite intelectual. Y en París desde el momento en que fue terminada la construcción de la Catedral de Notre-Dame —iniciada en 1162— frente a su puerta principal se ubicó el principal sitio a donde se dirigían los lectores en busca de aquellas obras que deseaban conocer.

Y en España, ya en 1256, el Rey Alfonso, El Sabio, ordenó en las *Siete Partidas* que cada Universidad debía tener su librero. Este debía vender o alquilar los libros que necesitaran profesores o estudiantes.

Y ya en los días del Renacimiento encontramos a Pedro de Villoca quien hacía su comercio desde la plaza principal de Bolonia. En Florencia actuó Vaspaciano de Bisticci (1421-1498), quien fue el librero que más copistas tuvo a su servicio en una época en que, según el maestro Millares Carlo, el precio de los libros era alto.³ Bisticci fue hombre prudente. Tanto Cosme de Médicis como el Papa Nicolás V siguieron sus consejos. Bisticci nos dejó en sus *Vidas de hombres famosos* una serie de recuerdos sobre los hombres que concurrían a su local.

Durante el mismo siglo XV se organizaron por vez primera los libreros de Barcelona. Su oficio fue reglamentado por las ordenanzas de 1553 las cuales rigieron hasta entrado el siglo XIX. Para ser librero en aquella nación el interesado debía someterse a un aprendizaje previo. En tales decisiones tomadas, hace más de cuatro centurias, se inició, sin duda, el predominio de los catalanes en lo que a la difusión del libro se refiere. Es por ello que no consideramos casual que en la actualidad Barcelona siga siendo la capital del libro impreso en nuestra lengua.

Pero el gran acontecimiento, en cuanto a la difusión del libro, se produjo al año siguiente de la reglamentación que pusieron en práctica comerciantes barceloneses.

Fue precisamente en 1454 cuando Joannes Guttenberg introdujo la imprenta de caracteres móviles al publicar la denominada *Biblia de 36 líneas* cuya edición fue terminada en 1456. Con su invento Guttenberg revolucionó el arte de imprimir, alteró y amplió el mercado librero. Tal invento surgió en el alma de un tiempo nuevo ya que treinta y nueve años más tarde serían las prensas tipográficas

-
1. DOMINGO BOGNOCORE: *Diccionario de la Bibliotecología*. Santa Fe: Librería Castellví, 1963, p. 198.
 2. CARL GRIMBERG: *Los siglos del gótico*. Barcelona. Ed. Daimón, 1983, p. 15.
 3. AGUSTÍN MILLARES CARLO: *Introducción a la historia del libro y de las Bibliotecas*. México. Fondo de Cultura Económica, 1971, p. 62.

las que darían a conocer al mundo la buena nueva del descubrimiento de América. Y aunque Cristóbal Colón divulgó la noticia en su carta a Luis de Santangel —que fue impresa en Barcelona en 1493— nuestro continente no se llama Colombia sino como se llamó el hombre que divulgó la noticia en letras de molde a la élite científica de su tiempo.

Y a estas alturas todos ustedes se preguntarán qué fue lo que pasó con el libro en nuestro país. A Venezuela, como al resto de nuestro continente, los libros llegaron desde la península durante los días en los cuales los conquistadores hispanos comenzaron a asentarse en tierra americana. Fueron muchas y significativas las obras que vinieron. Hoy sabemos qué leían los pobladores de Cubagua, ciudad desaparecida en 1540. Sabemos también que no existían librerías propiamente dichas sino que los libros eran encargados a los libreros de Sevilla. Y de la misma manera que numerosos volúmenes, los mejores que se escribían en ese tiempo, pasaron a Cubagua,⁴ fueron importados muchísimos libros a tierra firme. Tantos que es esto lo que explica, por ejemplo, la casi total desaparición en la península de la edición príncipe del *Quijote*, ya que la mayor parte de sus ejemplares pasaron a tierra hispanoamericana como lo demostró Irving Leonard.⁵ ¡Tal era la avidez por la lectura, tal había sido el mercado que abrieron las Indias! Y es esto también lo que nos explica la cultura que subyace en las *Elegías* de Juan de Castellanos, la primera grande obra literaria del siglo xvi en las costas del Caribe.

Fueron los libros peninsulares los que permitieron a generación tras generación de venezolanos acrecentar su cultura. Cajones llenos de volúmenes pasaron a nuestra tierra. Y desde 1633 —ya asentada la nueva sociedad, fundadas las principales ciudades— podemos seguir el hilo ininterrumpido de la circulación de numerosas obras entre nosotros. Tal conocimiento se extrae de documentos como las órdenes de envío, en las cuales se consignan los títulos, o se encuentran en los testamentos coloniales, ya que al morir cada persona se hacía el inventario de todos sus bienes. Y entre éstos se registraban los libros. Tal documentación, que ha recogido Ildefonso Leal, nos permite enterarnos de aquello que leían los venezolanos. Y durante aquellos siglos, como no existían librerías, los mejores centros del libro fueron las bibliotecas privadas. Durante el siglo xvii la principal fue la del Obispo González de Acuña, fundador del Colegio Seminario de Caracas, germen de la Universidad. En el siglo xviii la mejor colección fue la de don José de Oviedo y Baños. La mejor de las bibliotecas del país antes de la Independencia fue la del Convento de San Francisco, muchos de cuyos tomos se conservan aún en la Biblioteca Nacional. Y todos los libros que estaban en esas estanterías no sólo fueron para el solaz de sus dueños. Muchos de ellos fueron prestados a amigos. Por los testamentos nos enteramos a qué persona había sido prestado tal o cual libro. A veces su dueño se lo obsequiaba como símbolo de amistad. En otras

4. La parte relativa a las librerías de Venezuela debe tenerse como un *work in progress* ya que se trata de un tema que apenas si se ha explorado entre nosotros, asunto que habrá que ampliar en ulteriores investigaciones. Sobre aquello que leyeron cuantos habitaron en Cubagua consultar ENRIQUE DE OTTE, *Las perlas del Caribe: Nueva Cádiz de Cubagua*. Caracas: Fundación John Boulton, 1977.

5. IRVING LEONARD: *Los libros del conquistador*. México. Fondo de Cultura Económica, 1953.

los deudos debían pedirle que lo devolviera. Todo esto que hemos consignado en sus rasgos generales está avalado por la documentación recogida por el historiador Leal.⁶

Y fueron las muchas obras que podrían encontrarse en Caracas, aquellas prohibidas que llegaron a nuestras costas en los denominados “navíos de la ilustración”, que no eran otros que los de la Compañía Guipuzcoana, en cuya lectura se formó la generación que nos dio la libertad. Y no es casualidad que estos hombres fueran voraces lectores pues en ambiente de gente que mucho leía crecieron. Es por ello que hombres de libros lo fueron el Procursor Miranda, el Libertador, Bello, el jurista Roscio o aquel joven amanuense de don Feliciano Palacios, a quien éste encargaba libros a España, que se llamó Simón Rodríguez.

Y desde la introducción de la imprenta en nuestro país en 1808, comenzaron a aparecer en nuestros periódicos noticias sobre libros en venta en la ciudad. O informaciones sobre el lugar en donde el volumen se había tirado, que en muchos casos era el sitio para adquirirlo. Esto fue lo que hizo que a partir de 1822, el primer editor del país, Valentín Espinal, quien además de tipógrafo se dio a la tarea de publicar lo que otros escribían. A lo largo de cincuenta años fueron muchos los que llegaron hasta su local para adquirir sus producciones. Y fueron también muchos los que previamente se suscribían para adquirir un ejemplar de algún libro que don Valentín editaría. Esta última fue una manera usual de editar libros en nuestro país durante el siglo pasado. Tan frecuente que en 1833, por ejemplo, los editores Damiron y Dupouy así ofrecían el tomo veintidós de la colección de *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* que acababa de aparecer.⁷ Y el 30 de noviembre del mismo año ellos mismos daban a conocer que ya se podía adquirir la *Geografía* de Feliciano Montenegro y Colón —el primer texto de geografía que se publicó en nuestro país— en el local de los mismos impresores.⁸

Pero poco a poco, a medida que fue desarrollándose el país, comenzaron a surgir librerías que dejaron su impronta en el desarrollo cultural del país. Tal fue la que fundó en Caracas en 1838 José María Rojas. Dominicano de nacimiento, don José María se trasladó a Venezuela en 1822. Aquí se nacionalizó y comenzó a actuar en política. Fue una figura connotada del Partido Conservador durante los días del gobierno deliberativo. Hombre de empresa, quien siempre promovió el progreso del país, decidió abrir las puertas de un establecimiento “Almacén de José María Rojas”, el cual estaba situado en la calle El Comercio, número 143. Pero Rojas no sólo vendía libros. También editó libros, folletos y periódicos, muchos de los cuales constituyen hitos de nuestra bibliografía. Su almacén fue también sitio de tertulia de escritores y políticos. Buenos escuchas de cuanto se hablaba allí fueron sus hijos. Ellos, de una forma u otra, siguieron las huellas del padre cuando éste desapareció. Entre aquellos vástagos se encontraba el que sería el mayor huma-

6. ILDEFONSO LEAL: *Libros y bibliotecas en la Venezuela Colonial*. Caracas. Academia Nacional de la Historia, 1978, 2 vols.

7. *Gaceta de Venezuela*. Caracas, agosto 31, 1833.

8. *Gaceta de Venezuela*, Caracas, noviembre 30, 1833.

nista del país hacia mediados del siglo pasado: Arístides Rojas. José María, por su parte, fue destacado diplomático. Ambos continuaron la empresa del progenitor. En 1855, fallecido éste, pasó a denominarse "Rojas Hermanos". Tanto como librerías como impresores, es mucho lo que les adeudamos. Como editores aún están vivos gracias al conocido almanaque Rojas Hermanos que todavía se edita anualmente.

En esa misma época tenían los editores Damiron y Dupouy su empresa en la esquina de Sociedad. Ya para 1839 poseía una sede en Caracas, como en otras ciudades del continente, don Mariano Caballerizo (1785-1868). Editor y librero, Caballerizo es considerado el "divulgador más conspicuo de la literatura romántica europea" durante aquellos años, como señala Pedro Grases.⁹ Conocemos un catálogo de su sede caraqueña. Allí se registra aquello que debe conocer quien desee poseer un grado de cultura. La relación de los volúmenes que ofrecía Caballerizo también nos habla del grado de la cultura caraqueña de aquellos días. Pero no se quedó allí Caballerizo. En 1841, según lo informa el diablo *El Liberal* (marzo 16), su librería, situada en la calle El Juncal 23, estableció un salón de lectura. Se trataba de una Biblioteca Pública con préstamo circulante de la cual se podía ser miembro por una módica suscripción mensual (12 reales), trimestral (33 reales), semestral (60 reales) o anual (100 reales) más un depósito de cuatro pesos.¹⁰ Fue ésta una iniciativa de positivo valor en una época en que no había podido comenzar a funcionar la Biblioteca Nacional.

Otra prueba significativa del interés de los habitantes de Caracas por los libros, que era una consecuencia de las incitaciones que recibían los librerías y editores, fue la publicación, en 1839, de las *Obras Completas* de Mariano José de Larra. El romántico español se había suicidado dos años antes. Hasta ese momento la totalidad de sus escritos no se habían recogido en la península. Caracas fue la segunda ciudad hispanoamericana —la primera fue Montevideo, un año antes— en estampar lo concebido por Larra.¹¹

Pero en aquellos días no sólo los librerías anunciaban aquello que vendían en la prensa. También los lectores aparecían en las páginas de los periódicos preocupándose por sus libros. Tal fue el caso del Licenciado Cristóbal Mendoza, profesor de Literatura en la Universidad caraqueña, quien solicitaba que le fueran devueltos los Tomos XVIII, XIX y XX de su *Enciclopedia Británica* que le habían sido robados.¹²

A mediados de los años cincuenta, época de los Monagas, estaba en plena actividad la "Librería Carreño Hermanos". Hacia mediados de los años sesenta —el mismo año que concluyó la Guerra Federal— apareció en la escena Fausto Teodoro de Aldrey ((1825-1886). En 1864 fundó el periódico *El Porvenir* y

-
9. PEDRO GRASES: "De la cultura venezolana de 1839", en: *Obras*. Barcelona: Seix Barral, 1981, t. VI, pp. 250-253. La cita procede de la p. 250.
 10. "Gabinete de lectura", en: *Boletín de la Biblioteca Nacional*, Caracas, n/13 (1926), pp. 390-391.
 11. PEDRO GRASES: "Proyección continental de la cultura venezolana en el siglo XIX: las *Obras Completas* de Larra", en: *Obras*. Barcelona: Ed. Seix Barral, t. VI, pp. 254-264.
 12. *Gaceta de Venezuela*, Caracas. Abril 16, 1836.

cuatro años más tarde su gran diario *La Opinión Nacional* (1868-1892). A poco las tareas emprendidas por este gallego crecieron. No sólo fue quien dirigió el vocero oficioso del guzmancismo sino que en su taller se imprimieron a lo largo de las siguientes décadas las más importantes obras aparecidas en el país. Y en su sede caraqueña se podían adquirir las obras que Aldrey ponía a circular. Su oficina caraqueña fue también lugar de tertulia. Allí se encontraban cada tarde el viejo Guzmán y don Arístides Rojas. Era amable el palique entre el viejo maquiavelo y el suave sabio quien vivía a pocas cuadras.

En 1880, en los años finales del régimen guzmancista, ya funcionaba la "Librería Española de L. Puig Ros". No sólo era expendio de publicaciones sino "centro de suscripciones". Esta casa todavía existía en 1930. Y cómo dejar de mencionar aquí las conversaciones que se celebraban donde se editaba y vendía la revista *El Cojo Ilustrado*. A tales coloquios nos hemos podido asomar gracias a los recuerdos del maestro Key Ayala.¹³

En la Caracas del gomecismo, la empresa de los Hermanos Maury fue gran divulgadora de lo mejor que se publicaba. Aquí, como nos indica uno de sus catálogos, se vendían, cuando Juan Bisonte mandaba, los libros que en España editaba uno de los grandes proscritos del régimen: Rufino Blanco Fombona.

Y fallecido el déspota al despuntar la democracia, fue cuando Emilio Ramos abrió las puertas de "Las Novedades", que hoy se ha convertido en una red de librerías que cruzan toda la geografía nacional. Fue el mismo tiempo durante el cual el maestro Prieto Figueroa inauguró su "Librería El Magisterio" y cuando la "Librería Venezuela" auspició la publicación de los primeros libros de la gente del grupo "Contrapunto".

Y en la Caracas de las últimas décadas cuánto han significado librerías como Suma, donde pontifica ese sumo sacerdote de la cultura que es Raúl Betancourt, como Nuevo Orden, en donde el tantas veces llorado Julio González nos permitió asomarnos a los mejores autores del existencialismo. Y qué decir de lo que significó "Cruz del Sur" durante los años en que estuvo bajo la dirección de Violeta Roffé, tarea continuada por muchos años por Cristina Guzmán junto a quien nos reuníamos tantos amigos de lo por otros escrito muchas tardes. O el caso de Sergio Alves Moreira quien siempre gusta guiar a sus clientes por los meandros de la palabra escrita. Y cómo no recordar aquí a Moisés Hasman, a Agustín González. O al "Gusano de Luz" en donde no sólo se ha encontrado siempre lo mejor que sale cada día, sino que fue el lugar en donde se celebró grato palabreo bajo la ducción de uno de nuestros mejores ironistas: don Julio Garmendia. Y qué decir de las horas gratisimas, tiempo para mirar todo lo que se esconde en las estanterías de una librería, "esa aventura maravillosa que consiste en abrir y hojear al azar los libros" como llama Uslar Pietri¹⁴ a tal operación, que hemos pasado en los locales de "Soberbia" con las hermanas Pardo, en la "Gran pulpería de los libros" de la mano del muy erudito Rafael Ramón Castellanos o aquello que siempre hallamos

13. SANTIAGO KEY AYALA: "Vida privada de El Cojo", en: *Obras Selectas*. Caracas, Edime, 1954, pp. 1198-1203.

14. ARTURO USLAR PIETRI: *Fantasmas de dos mundos*. Barcelona. Ed. Seix Barral, 1979, p. 105.

en "Historia" gracias a Jonás Castellanos. Y qué decir de cuanto debemos a la gente de "Lectura" que encabeza con su precisa información de lo que hoy se hace el animoso Walter Rodríguez. O ese nuevo sistema de librería nocturna y de fines de semana que ha establecido el "Ateneo de Caracas".

Esas mismas tareas de difusión son las que desde hoy se propone emprender "Ludens". Será este sitio en donde se encontrará todo aquello que dentro del amplio escenario del mundo editorial aparezca dentro de la casa de la palabra —que es como denominó al libro nuestro Briceño Iragorry—. "Ludens", siguiendo la antigua tradición a la que nos hemos referido, también pretende ser sitio de encuentro, de convergencia, para todos aquellos que encuentran en los libros una forma de huir de toda intransigencia o fanatismo, de acceder hacia formas civilizadas de tolerancia.